

UTOPIA DEL REINO Y ESPERANZA

Michael Moore, OFM¹

*A J.I. González Faus (+ 6/3/2025),
en memoria discipular agradecida*

Resumen

La utopía del Reino, que busca hacerse tónica en lucha dialéctica con el anti-reino, debe leerse y vivenciarse desde el horizonte de la esperanza. Y la Vida Religiosa, en cuanto continuadora de la praxis reinocéntrica de Jesús de Nazaret, está invitada a auto-comprenderse y realizarse en la tensión del *ya-pero-todavía no* de esa Causa jesuánica. El presente estudio se propone contemplar nuestra vocación desglosando los tres estadios: el Reino que *ya* ha llegado; el Reino que *todavía no* ha llegado y el Reino que llegará. Con una convicción e invitación final: seguir apostando por la utopía.

Palabras claves: Reino, utopía, sufrimiento, esperanza, escatología.

Introducción

El Horizonte Inspirador de la CLAR para el trienio 2022-2025 (“Las mujeres del alba. La osada esperanza al despuntar la aurora”) nos invitaba en su sexto movimiento a reflexionar en torno a un tema central de toda la praxis, teología y espiritualidad cristiana, propuesto en clave dinámica: “Hacia la utopía del reino: un mundo de hermanas y hermanos”. Llegados al final de esa etapa, quiero compartir algunas consideraciones, ubicándolas en el horizonte de la esperanza, cuyo año jubilar nos encontramos transitando.

¹ Religioso franciscano, argentino, licenciado en Filosofía por la Universidad del Salvador (Buenos Aires) y doctor en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma). Actualmente es profesor ordinario de la Universidad Católica de Córdoba, e invitado de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas y de la Universidad Católica de Bolivia. Forma parte de la comisión directiva de la Sociedad Argentina de teología y del grupo de teólogos asesores de la CLAR (ETAP). Sus intereses en la investigación y publicación se centran en cuestiones fronterizas de Teología fundamental, Cristología, Ecoteología, Franciscanismo y diálogo con la Literatura.

Pero el binomio utopía del Reino-esperanza no puede desentenderse de lo que sería su contracara: el sufrimiento siempre presente con su dosis de des-esperanza. Así, ni bien se me presentó este título a desarrollar, vino a mi mente una afirmación rotunda de uno de los religiosos-teólogos que más han influido en la reflexión de fe de nuestro continente: el jesuita recientemente fallecido J.I. González Faus.² Se encuentra en un estudio titulado "Utopía del reino y realismo del dolor", donde sentencia: "ese ha sido tema de casi toda mi teología...Casi me atrevería a decir que ése es el tema único de toda la teología cristiana".³ Experiencia hecha tema que lo empujó a él durante más de setenta años y nos empuja también a nosotras/os hoy a preguntarnos cómo cabe la utopía cristiana que define nuestra Vida Religiosa en esta doliente y empecatada realidad histórica.⁴ Utopía del Reino, sufrimiento y esperanza constituyen, pues, el trinomio desde el que intentaré articular algunas consideraciones.

Exegetas y teólogos/os coinciden en afirmar que la causa del Reino fue lo que dio sentido a la vida y a la muerte de Jesús de Nazaret. Fue el polo unificador de su existencia y, por eso mismo, como recuerda el brasileño F. Aquino Junior, es un tema transversal a toda la teología:

No podemos hablar de «Dios en sí» independientemente del modo en que Él se hace presente en nuestra historia [...] recordando además que no se identifica (no se agota) con ninguna realidad histórica, puesto que la trasciende esencialmente. Por tanto, al hacer teología no podemos identificar, pero tampoco separar de los acontecimientos históricos en que Dios se revela. Y para los cristianos, el acontecimiento histórico por excelencia, en el cual Dios se hace presente y actúa, es la praxis de Jesús de Nazaret, que está centrada en el reinado de Dios.⁵

² De origen valenciano, desarrolló la mayor parte de su ministerio teológico con un pie en España (Facultad de teología de Cataluña) y el otro en Latinoamérica (Universidad centroamericana "José Simeón Cañas" de El Salvador, y otros muchos centros teológicos de nuestras tierras), estableciendo puentes de diálogo y enriquecimiento mutuo entre un continente y el otro. Muchas de las intuiciones de este artículo encuentran en su teología —de la cual me siento profundamente deudor—, origen y fundamento.

³ González, *Fe en Dios y construcción de la historia*, 159.

⁴ *Id.*, 160.

⁵ Aquino Junior, "El reinado de Dios como asunto de la teología cristiana", 290-291.

Dos afirmaciones importantes con muchísimas consecuencias teológico-pastorales —que por cuestión de espacio no podemos aquí desarrollar— encierran esta breve cita. En primer lugar, se nos recuerda la trascendencia (ontológica) del Misterio de Dios, que no se identifica ni se agota con ninguna mediación. Dios no es el cristianismo, Dios no es la Iglesia (sinodal), Dios no es la Biblia, Dios no es el Reino, Dios no es el Concilio Vaticano II... Vale la tautología: Dios es solo Dios. Y solo Dios es Dios. En segundo lugar, y en relación con lo dicho, Él necesita, habiendo decidido libremente revelarse, de mediaciones para darse a conocer, para entrar en contacto con lo que no-es Dios. Y la mediación privilegiada —para nosotras/os, cristianos— es la historia concreta de Jesús de Nazaret, cuyo destino se comprende en clave de Reino. Del teocentrismo al cristocentrismo y de este al reinocentrismo, entonces.⁶

Ahora bien, como es sabido, según los evangelios Jesús habló del Reino tanto en tiempo presente como en futuro. Y esto ha dado lugar a diversas interpretaciones teológicas dentro de las cuales, la que más consenso ha logrado —y a la cual personalmente adhiero— es la llamada “escatología inaugurada”, cuyo más conocido representante es O. Cullmann.⁷ Dicho en breve, esta línea exegético-teológica sostiene que a la predicación de Jesús pertenecen tanto afirmaciones presentistas como futuristas sobre el Reino. Ambas son verdaderas y están en una relación de tensión, que es lo que hay que analizar. Ya-pero todavía-no: con la venida de Jesús ya ha comenzado el fin de los tiempos, el mal y el pecado ya han sido vencidos en principio; pero todavía no se ha develado plenamente lo que es Cristo, lo cual ocurrirá solo al final, en el día del juicio.⁸

⁶ Cabe aclarar que el reinocentrismo de Jesús hace referencia y tiene su fundamento en su experiencia de Dios como Padre. Es decir, el Reino de Dios remite indisolublemente al Dios del Reino: “lo más original de Jesús es la vinculación indisoluble entre las dos categorías: el Abba y el Reino. La exégesis de una experiencia por la otra. La experiencia de Dios en la humanidad del hombre que se realiza”: González, *Acceso a Jesús: ensayo de teología narrativa*, 56. Para una mayor profundización de este binomio, me permito remitir a lo sintetizado en: Moore, *Creer en Jesucristo. Una propuesta en diálogo con O. González de Cardedal y J.I. González Faus*, 448-457 (“Entre el Reino de Dios y el Dios del Reino”).

⁷ Véase Cullmann, *Cristo y el tiempo*.

⁸ Las otras dos posturas clásicas son la llamada “Escatología consecuente” y la “Escatología realizada”. La primera, planteada principalmente por A. Schweitzer, sostiene que la escatología que aparece en los sinópticos es cosa del futuro y sólo del futuro. Jesús creyó al principio que el reino vendría durante su vida (cf. Mt 10,23) y pensó después que con su muerte aceleraría su venida (cf. Mt 26,29). La

En esta misma línea, pero en perspectiva más latinoamericana, J. Sobrino explica la aparente ambigüedad que reviste el tema, recurriendo a las categorías de mediación y de mediador:

Hay que distinguir entre mediador y mediación de Dios. El reino de Dios, formalmente hablando, no es otra cosa que la realización de la voluntad de Dios para este mundo, a lo cual llamamos mediación. A esa mediación —según toda la historia del Antiguo Testamento y, en general, de la humanidad— está asociada una persona (o grupo) que la anuncia e inicia, y a ello llamamos mediador [...] ¿En qué sentido se puede decir, entonces, que ya ha llegado o todavía no ha llegado el reino de Dios, tanto en tiempo de Jesús como en la actualidad? Podemos decir que ha llegado al nivel de mediador y que no hay que esperar a otro mediador escatológico, aunque esto no excluye, sino que exige incluso, la aparición de nuevos mediadores normados por Jesús. Y ha llegado al nivel de signos en la vida de Jesús y en la historia posterior. Pero no ha llegado al nivel de la realidad de la mediación: el mundo en su totalidad no es todavía según el corazón de Dios, por decirlo suavemente; en muy buena medida es positivamente contrario a ella. En el lenguaje de Pablo, todavía existen —y muy ciertamente— los principados y las potestades. Y la muerte —tanto en su sentido de destino humano como en su sentido de ser producto del pecado histórico— todavía no ha sido vencida, sino que campea por doquier. Sólo al final, Dios será todo en todos y sólo al final habrá ya llegado el reino de Dios (1 Cor 15,28).⁹

Teniendo en cuenta lo dicho hasta ahora, desglosaremos nuestro estudio sobre la utopía del Reino en tres momentos concatenados: el Reino que ya ha llegado, el Reino que *todavía no* ha llegado y el Reino que llegará.

1. El Reino que ya ha llegado

Siguiendo la distinción citada de J. Sobrino, podemos afirmar que el Reino ya ha llegado por cuanto Jesús de Nazaret, el mediador escatológico por

comunidad cristiana, decepcionada por la no venida del reino, es la que lo localizó en el futuro, al fin de los tiempos (cf. Mc 13,32). Mientras que la segunda, cuyo más conocido representante es Ch. Dodd, afirma que el reino no está por venir, sino que ya ha acaecido en la figura y en la actividad de Jesús. Como se ve, la "Escatología inaugurada" sería una suerte de postura intermedia entre las dos mencionadas.

⁹ Sobrino, *Jesucristo liberador. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret*, 146-147.

excelencia, ya lo ha transparentado y encarnado de un modo único e insuperable. Esta caracterización de su papel de mediación se relaciona con otra afirmación central de nuestra fe: en Jesucristo recibimos la plenitud de la revelación. En su vida, muerte y resurrección se nos ha manifestado de un modo definitivo el rostro de Dios, la identidad del ser humano y el sentido de la vida y de la historia. Allí se nos des-velan de un modo insuperable las claves esenciales para desarrollar nuestra existencia en relación con nosotras/os mismos, con los demás y con Dios; en otros términos: para vivir la re-ligión —y en concreto nuestra vida de consagradas/os— de una manera humanizante y liberadora.¹⁰

Jesús de Nazaret es la transparencia más clara del reinado de Dios: vaciado de sí mismo, toda su vida fue una entrega totalmente dedicada a Dios y totalmente dedicada a los hombres, sin confusión, pero sin separación, porque toda consagración a Dios se traduce —y se verifica— en la consagración al mundo de los hombres. En su historia concreta, lo u-tópico se volvió tópico. Por eso lo confesamos no solamente verdadero *hombre* sino también el hombre *verdadero*. Él es, por tanto, referencia obligada para seguir decodificando y presencializando el Reino.

Jesús lo revela y lo practica *verbis gestisque* (DV 2). Y estas palabras y gestos, en el contexto que queremos comentar, pueden leerse como re-acciones ante el sufrimiento de sus paisanas/os y como signos de esperanza ante la no absoluta de la muerte. Gestos como: curaciones antes diversos males, exorcismos frente a distintos “demonios” opresores, comidas con gente declarada indeseable, acogida de pecadores, etc. y palabras como: el mandamiento nuevo, las bienaventuranzas, la llamada al seguimiento, los discursos y las parábolas de la misericordia, especialmente, etc. Palabras y acciones que nacen siempre de las entrañas conmovidas de Jesús:

Frente a los enfermos, frente a los mil sufrimientos humanos, frente a algunas situaciones personales, frente a las multitudes, los evangelios repiten un conocido verbo griego que significa “se le conmovieron las entrañas” [...] Las entrañas conmovidas dan razón de que la vida de Jesús se moviera no en el

¹⁰ Para una teología de la revelación en esa línea ver: Torres Queiruga, *Repensar la revelación. La revelación divina en la realización humana*, 291ss.

*centro y desde el centro, sino desde la marginalidad, desde todos esos núcleos y personas que el afán de afirmación individual va arrojando a las cunetas de la historia.*¹¹

Resulta evidente desde la revelación bíblica que el Reino de Dios no es una categoría estática sino dinámica. Es algo que acontece y que, por tanto, no se puede de-finir (uno no puede ponerle fines, límites). Solo se puede hablar de él contando lo que pasa cuando nos dejamos llevar por esa dinámica. Lo expresa de un modo muy gráfico —moviéndonos ahora del segundo al primer testamento— el salmo 146:

[...]
*Él hace justicia a los oprimidos,
y da pan a los hambrientos.
El Señor da libertad a los cautivos,
el Señor abre los ojos a los ciegos,
el Señor levanta a los humillados,
el Señor ama a los justos;
el Señor protege al emigrante,
sostiene a la viuda y al huérfano.
¡El Señor reina por siempre,
tu Dios, Sión, por todas las edades!
¡Aleluya!*

O sea: Dios reina efectivamente cuando se practica la justicia ante todo tipo de opresión, cuando los esclavizados son liberados, cuando se privilegia la protección de los más débiles, etc. Notemos que no hace referencia a ninguna acción que llamaríamos “cúltica” o “espiritual”. Y volviendo al segundo testamento, recordemos que cuando Jesús, ante la pregunta de los discípulos del Bautista que le planteaban si era él el mesías esperado, responde enumerando signos de liberación como indicadores de que el Reino ha llegado, y concluye diciendo: “y dichoso aquel que no se escandalice de mí” (Mt 11,6; Lc 7,23). Lo que podríamos parafrasear diciendo: dichoso el que no se escandaliza al saber que la buena nueva

¹¹ González Faus, *Memoria subversiva, memoria subyugante. Presentación de Jesús de Nazaret*, 15. Su comprensión de los milagros como “ejercicios” de las entrañas misericordiosas de Dios resulta clara en: *Clamor del Reino. Estudio sobre los milagros de Jesús*.

se hace carne cuando la carne basurizada recupera dignidad ... y no necesariamente cuando el templo, la Iglesia o la Vida Religiosa adquieren mayor poder o relevancia social. En síntesis: Dios reina —efectivamente— cuando la humanidad se torna un poco más humana, cuando lo des-humanizado es vencido ... no cuando somos más y más poderosos. El criterio también vale, entonces, para examinar la Vida Religiosa, hoy tan amenazada por la disminución numérica y el sin-sentido.

Llegados a este punto conviene hacer un ejercicio de memoria agradecida y continuar/completar las razones para alabar del salmo 146 con acciones de resurrecciones concretas que nos tienen como co-autores o como testigos: hay tantas hermanas y hermanos que desde el trabajo con las/os migrantes forzados, las/os refugiados, las/os excluidos por razones de identidad sexo-genérica, con mujeres y niños objetos del tráfico de vida humana, con los gritos de la Madre Tierra, etc., etc., son una muestra preclara de que el Reino sigue viniendo y que el Señor, entonces, reina. Porque se está haciendo su voluntad: que vivamos nuestra filiación *en la fraternidad*, sin excluidos ni excluyentes, sin víctimas ni victimarios.

2. El Reino que *todavía no* ha llegado

Pero si ha llegado en cuanto que Jesús de Nazaret nos ha mostrado con su praxis concreta qué significa que Dios reine en la sociedad y en nuestros corazones, y mucha Vida Religiosa continúa esa tarea sin fin, no podemos afirmar —claramente— que esta tierra ya es un cielo. Es verdad que algo de Reino ya se degusta, pero en medio de tanto anti-reino que dis-gusta. Es el “todavía-no” de Cullmann, muchas veces más patente que el “ya”. Y esto porque, citando nuevamente a J. Sobrino: “en la historia existe el verdadero Dios (de vida), su mediación (el reino) y su mediador (Jesús), y existen los ídolos (de muerte), su mediación (el antirreino) y sus mediadores (los opresores). Las realidades de ambos tipos no son solo distintas, sino que aparecen formalmente en una disyuntiva duélica”.¹² Es decir, existe una estructura teologal-idolátrica de la realidad en la que conviven y convivirán el bien y el mal, como el trigo y cizaña, hasta el fin de los tiempos. Por eso, durante su ministerio, Jesús no solo anuncia el Reino y proclama a un Dios que es Padre, sino que también denuncia el

¹² Sobrino, *Jesucristo liberador...*, 213.

anti-reino y desenmascara a los ídolos del necropoder. Y desde la siempre necesaria distinción —previa a la relación— entre Reino e iglesia, habrá que recordar que existe mucho Reino fuera de la iglesia y que también hay mucho anti-reino dentro de la iglesia (y de nuestra Vida Religiosa). Porque, como dice el poeta:

El Reino
une.
La Iglesia
divide
cuando no coincide
con el Reino.¹³

Como Vida Religiosa *desde* la Iglesia y *para* el mundo estamos llamados a presenciar ese Reino en los espacios en que clama, anhelante, el “todavía-no”. Es la lucha para que en un mundo tan dis-tópico lo u-tópico se vuelva tópico. Para ello es necesario sustraerse a los falsos espiritualismos —todavía flotando en tantas comunidades— que piensan que la historia de injusticias y opresiones se solucionará implorando intervenciones milagrosas desde el cielo a través de la oferta —e intercambio— de oraciones, novenas o sacrificios varios. El Dios revelado en Jesucristo no se rige por el principio del derecho contractual romano “*do ut des*”, sino por la entrega gratuita y respetuosa. En la línea del Concilio Vaticano II que recuerda la autonomía de la creación (cf. GS 36),¹⁴ habremos de asumir una y otra vez, que nuestro Dios es un Dios libremente entregado en manos de los hombres y que nunca hará lo que nosotros debemos hacer, puesto que la historia está en nuestras manos, y estas, sostenidas,

¹³ Casaldáliga, “El Reino y la Iglesia”, 353.

¹⁴ Insiste en este tema el teólogo español Torres Queiruga como una de las claves hermenéuticas fundamentales para repensar la teología. Baste una cita sintética: “Creo que en el mismo Concilio hay un texto que apunta con extraña energía y solemnidad en la dirección justa: la autonomía de lo creado. Se refiere con ello a la nueva conciencia de que lo que sucede en el funcionamiento normal del mundo, tanto en la naturaleza como en la historia, obedece a leyes intrínsecas al mismo, sin que a ese nivel —es decir, sin negar su relación fundante con la trascendencia divina— deban buscarse causas extra-mundanas, sean divinas para el bien o demoníacas para el mal [...] Hablar de autonomía deja, en efecto, al descubierto la estructura fundamental y específica de la cuestión religiosa: la articulación del mundo, en su realidad y funcionamiento autónomo, con Dios, como el fundamento trascendente de su ser y de su dinamismo”: Torres Queiruga, *La teología después del Vaticano II. Diagnóstico y propuestas*, 38.43.

alentadas y fortificadas —pero nunca sustituidas— por la *Ruah Divina*.¹⁵ El presupuesto, pues, es el asumir nuestra responsabilidad histórica y, el *modus operandi* será siempre la praxis de misericordia como dogma innegociable del Reino: “Todas las características del profeta cristiano, muy específicamente en esta tierra «de la muerte y de la esperanza» y en esta hora «de invierno eclesial» y «noche oscura para los pobres», deben confluir en esa postura de com-pasión que unge al herido y levanta al caído, y en ese ministerio de consolación que devuelve la fe en la vida y en el Dios de la Vida, y en ese trabajo de animación que sostiene y hace avanzar la utopía del Reino”.¹⁶

Este espacio del “Reino que *todavía no* ha llegado” es el espacio de nuestra libertad. En efecto: la encarnación y mostración más plena de lo que significa ya nos ha sido manifestada en Jesús de Nazaret (“Reino que *ya* ha llegado”), mientras que la consumación definitiva está en las manos amorosas de Dios (“Reino que *llegará*”). Este presente, pues, es nuestro tiempo, urgido y urgente... aunque la des-esperanza amenace sentenciando des-tiempos:

Es tarde
pero es nuestra hora.

Es tarde
pero es todo el tiempo
que tenemos a mano
para hacer el futuro.

Es tarde
pero somos nosotros
esta hora tardía.

¹⁵ “Esa entrega de Dios a merced de los hombres, es expresión del “amor de Dios al mundo” (Jn 3,16), lo cual sólo puede significar que la debilidad del Dios entregado y su estar a merced de los hombres no son sino expresión de la relación que Dios ha querido entablar con el hombre: una relación que no esté mediada en absoluto por la fuerza y el poder o mejor que no esté mediada por otra fuerza que la del amor”: González Faus, 167.

¹⁶ Casaldáliga, y Vigil, *Espiritualidad de la liberación*, 180.

Es tarde
pero es madrugada
si insistimos un poco.¹⁷

Debemos sentirnos interpelados como “las Mujeres del Alba” quienes, insistiendo “un poco-mucho”, anunciaron que la propuesta del Reino seguía adelante porque el Crucificado había sido Resucitado y nos convocaba-esperaba en Galilea, es decir: en nuestras historias concretas, en nuestros territorios todavía crucificados, anhelantes de testigos comprometidos con su Causa. Pero para no caer en falsos optimismos, convendrá siempre re-cordar que la certeza de la victoria definitiva y última de la Vida sobre la muerte no anula la rispidez de paladear tantas veces la amarga constatación del poder todavía actuante de la muerte y de las victorias de los victimarios. Sus palabras, aunque penúltimas, siguen asesinando. Por eso, con realismo histórico, González Faus nos avisa que el “principio esperanza” no es sinónimo de optimismo ingenuo, porque la experiencia del Espíritu en la historia es

una experiencia agónica, combativa, cansada, terriblemente cansada, porque es experiencia contra este mundo y esta realidad, siempre viejos y siempre lastrados por la vetustez humana: es el cansancio de lo nuevo de cada nunca frente a lo viejo de cada día y de cada instante. Pero es, a la vez, experiencia de seguridad y de sentido último, y de una esperanza contra toda esperanza. Hemos de volver a subrayar que esa seguridad de un sentido último que el Espíritu de Dios alimenta y cultiva en nosotros, nunca elimina los sentidos penúltimos, cubriéndolos religiosamente¹⁸.

Atención, pues, a no minimizar las contradicciones y sufrimientos (penúltimos) del presente de cada historia individual o grupal arguyendo el triunfo (último) del Sentido que nos trae el Crucificado-Resucitado sobre el sin-sentido que degustan amarga y cotidianamente tantas/os hermanas/os vulneradas/os. Se trata, entonces, de aprender y enseñar a creer/esperar también desde la cruz, no solo después de haber sido bajado de ella.

¹⁷ Casaldáliga, “Nuestra hora”, 405.

¹⁸ González Faus, 172.

Llegados a este punto conviene hacer un ejercicio de memoria dolorida para nombrar, visibilizar y luchar contra los ídolos de muerte y su necropoder que contradicen o retrasan la llegada del Reino. La Vida Religiosa, en cuanto esencialmente profética, debe asumir la no siempre grata tarea de denunciar y no solo de anunciar; de construir parcelas de Reino y también de destruir insalubres ambientes de anti-reino que infectan no solo la sociedad sino también nuestras comunidades religiosas.

3. El Reino que llegará

El “ya-pero-todavía-no” genera una tensión histórico-existencial que hace surgir un profundo anhelo de una realización definitiva, de una venida del Reino ya sin pausa y sin grietas. Los cristianos esperamos que ese Reino transparentado en Jesús y continuado con nuestras praxis sea consumado definitivamente por Dios en la escatología. Pero subrayo: “esperamos”... ino “sabemos”! En efecto:

Nosotros ni sabemos, ni adivinamos, ni pronosticamos, ni auguramos: nosotros esperamos que la entera Creación, la historia humana y todas y cada una de las criaturas serán conducidas a su consumación en el Reino divino por Dios, quien de este modo pondrá fin a la entera historia del mundo y la “conservará” en la eterna vida divina. Las declaraciones esperanzadas de la fe se hacen eco de la principal de las súplicas del padrenuestro: “¡venga a nosotros tu Reino!”¹⁹

Es esta una convicción fundante de la escatología cristiana.²⁰ Nuestro Dios Padre-Madre que ostenta la primera palabra de la creación —“fiat” — se reserva también la última de la consumación — “amén” —; a nosotras/os nos queda, en el mientras tanto de la espera activa y junto a la praxis de misericordia, la oración anhelante y expectante del “marana-tha”. Pero es esta una oración que nace del corazón creyente y esperante, no de la certeza científica y que, tanto en la comunidad primitiva como en la actual, se entiende como invocación: “ven Señor”,

¹⁹ Kehl, *Y después del fin ¿qué?*, 29.

²⁰ La escatología, en cuanto disciplina teológica, se define como la “exposición metodológicamente fundamentada de la esperanza cristiana en el futuro definitivo, en el reino de Dios, de nuestra historia (personal, eclesial y universal) y de toda la creación [...] es la respuesta metodológicamente fundamentada de la fe cristiana a la pregunta «¿qué podemos esperar?»”: Kehl, *Escatología*, 12.

y a la vez como confesión: “el Señor viene”. Es pues, simultáneamente, súplica y profesión de fe. Eso es lo que esperamos las/os creyentes — repito—, no lo que sabemos (en el sentido apodíctico). *Sabemos* que Jesús vivió y murió, en un tiempo y en un lugar; en cambio *creemos* (y esperamos) que resucitó, acontecimiento que está más allá de las coordenadas espacio-temporales. Es importante esta distinción porque nos estamos desplazando del horizonte histórico al meta-histórico, lo cual tiene consecuencias importantes para nuestra vida de fe. Esperamos, entonces, la consumación escatológica, donde sí “Dios será todo en todos” (1 Co 15,28) y su Reino se verá finalmente perfeccionado. En otros términos: ese Reino que ya se incoado en la historia quedará consumado cuando toda la historia sea toda abrazada por Dios y participe plenamente de la Vida divina.

Lamentablemente, cuando se habla de consumación, de fin del mundo, de parusía, etc. todavía infecta la fe de muchos creyentes un imaginario de terrorismo espiritual. Las tradicionales prédicas sobre el “*Dies irae*” se alejan mucho del “*marana tha*” con el que terminan las páginas del segundo testamento. Por eso conviene recordar que, con la parusía, la fe expresa su convicción acerca del sentido último de la historia humana: el proceso histórico en el que estamos comprometidas/os culminará con un acontecimiento salvador que afectará a la totalidad de lo real. Salvador, subrayo, porque no conviene olvidar que

*...cuando Dios irrumpe en la historia, lo hace siempre y sólo por un único motivo: para salvar. Y que la intervención decisiva y definitiva de Dios en el proceso histórico (la parusía) no tendrá más finalidad que esta: consumir salvíficamente la obra iniciada por su acto creador. Eso es lo que confesamos en el credo: la venida de Cristo en gloria al final de los tiempos significa la culminación de su gesta creadora y salvadora; es la pascua que anhela desde siempre toda la realidad.*²¹

La fe afirma, pues, el triunfo definitivo de Dios, aunque ignoremos el cómo y el cuándo: conviene, entonces, ser cautelosos en nuestras teologías y espiritualidades. Pero es suficiente —creo— para fundamentar y cultivar un sano sentimiento de optimismo:

²¹ Ruiz de la Peña, *La pascua de la creación*, 148.

La consumación del mundo está garantizada por Dios. La esperanza no depende del proceso favorable o desfavorable de lo que se puede observar en la historia universal ni tampoco de la valoración optimista o pesimista de este proceso. El fundamento de la esperanza está más allá de lo empírico: en la fe en las promesas de Dios. Dios mismo establecerá su reinado.²²

Ahora bien, esa misma promesa del Reino de Dios que ad-vendrá (definitivamente) exige una crítica del estado actual del ser humano, del mundo y de la Iglesia. Como Vida Religiosa estamos vocacionados a “apurar” esa venida del Reino, siempre conscientes de la sutil y constante tentación de confundir historia y Escatología, en vez de “distinguir para unir”:

La tentación de anticipar el Eschaton es la de creer que ya ha dejado de ser utopía, o la de creer que no es provisional aquello con lo que se construye lo definitivo: el pensar que ya ahora “se va a construir el Reino de Dios” (Hch 1,6) o que “ya ha tenido lugar la resurrección de los muertos” [...] El que afirma que “ya ha llegado”, no hace sino instalarse y negarse a avanzar más o a entrar en esa dialéctica de muerte por la que se lleva a cabo todo avance.²³

“Dialéctica de muerte”, la llama el teólogo valenciano. Es que resulta casi una perogrullada recordar que esa marcha hacia la consumación del *omnia in omnibus* no es una ascensión lineal, pacífica, donde la cruz quedaría ya dialécticamente absorbida y eliminada. La historia bien muestra lo contrario: la nuestra individual, la de nuestras comunidades religiosas y la de las sociedades todas; y es precisamente desde esa historia de contradicción donde surge la angustiada pregunta sobre el sentido y destino últimos. Y nosotras/os, como Vida Religiosa, estamos vocacionalmente invitadas a buscar juntas/os algunas respuestas; respuestas que se mueven ya en la convicción de que ese sentido último nos ha sido revelado plenamente con la victoria del Crucificado-Resucitado sobre la muerte. Dios se muestra no solo con poder sobre la nada, creando ex-nihilo, sino también sobre la muerte, vencéndola con la resurrección: nuestro Dios es un Dios de vivos y de la vida.

²² Nocke, *Escatología*, 116.

²³ González Faus, *La humanidad nueva: ensayo de Cristología*, 604.

Y llegados a este último punto, conviene hacer un ejercicio de memoria esperanzada recordando que en Jesucristo resucitado se nos ha revelado prolepticamente (por adelantado) el futuro definitivo que implica toda victoria de la Vida sobre todo aguijón de muerte. Es esta convicción la que nos permite esperar que un día la utopía del Reino se verá cumplida, en medio de tantas dis-topías que hacen que la espera sea muchas veces a contramano de tantas decepciones, como dice el poeta:

[...]
porque aprendí a esperar a contramano
de tanta decepción: te juro, hermano,
que espero tanto verLo como verte.²⁴

Conclusión

La Vida Religiosa tiene sentido en cuanto continuadora comunitariamente de la praxis histórica de Jesús de Nazaret, praxis definida desde la utopía del Reino que en él se ha hecho tópica, a pesar del fracaso de la cruz y gracias a la reivindicación que supone el haber sido resucitado por el Padre. El Reino, pues, *ya* ha llegado, pero *todavía no* se ha consumado. En él, mientras tanto, la historia se sigue desarrollando en una dialéctica de vida-muerte-resurrección, que reclama la virtud de la esperanza para poder avanzar y no bajar los brazos en medio de tantas ambigüedades y contradicciones. En efecto,

El espíritu oscila indefinidamente entre ambos polos: necesidad de la muerte, necesidad de una victoria sobre la muerte. La razón, por sí sola, no alcanza a despejar esta torturante ambigüedad, porque una y otra vez se da de bruces con el espesor del hecho opaco, compacto, impenetrable, del tener que morir sin poder ver qué hay detrás —si es que hay algo— de la muerte ¿Qué resta entonces? [...], resta la esperanza. La cual —notémoslo bien— sería imposible si fuesen certezas apodócticas o la aniquilación o la sobrevida. La esperanza es posible justamente porque ninguna de las alternativas se impone categóricamente sobre su contraria. Junto a la esperanza, y suscitada por ella, resta también la trascendencia [...] la confianza de que, a la postre, el Ser prevalecerá sobre la Nada.²⁵

²⁴ Casaldáliga, "Entonces lo veremos como es", 509.

²⁵ Ruiz de la Peña, *La pascua...*, 264-265.

Queda la esperanza, dice J.L. Ruiz de la Peña, la confianza en que la Vida —el Reino— tendrá la última palabra ante tanta muerte —el anti-reino—. No se trata de una certeza metafísica pero tampoco de una apuesta irracional; se fundamenta en una convicción —de fe—: Jesús de Nazaret, que dio su vida y aceptó su muerte por la Causa del Reino, ha resucitado. Esa resurrección hace que el mundo y el tiempo no sean eterno retorno o mera sucesión mecánica, sino marcha hacia una promesa; apuntan a una historia que, en lenguaje de J.I. González Faus, reafirma la vigencia de la utopía pese a ser utopía. Pero utopía que debe batallar para emerger, porque “La utopía no es lo que no tiene «ningún lugar» (éste es su significado etimológico). Sino lo que tiene su lugar en este mundo, pero negado, reprimido, invadido y dominado por otra fuerza extraña”²⁶. Y tiene lugar desde que en el acontecimiento de Jesucristo eso imposible ha cobrado un ámbito de vigencia para nosotras/os en el claroscuro de la historia.²⁷

En esta tensión entre utopía y realismo, resurrecciones y desesperanzas, quizá el papel de la Vida Religiosa sea el afirmar siempre el polo olvidado: la utopía en tiempos de realismo acomodaticio, y el realismo en tiempos de utopías desencarnadas. Y siempre recordando a la luz de la historia de Jesús de Nazaret y tantas otras religiosas y religiosos mártires, este principio vector del cristianismo: “*No es el éxito histórico (que muchas veces sólo se consigue con sangre ajena), sino la sangre derramada que fecunda el futuro, lo que hará que se encuentren la utopía y el realismo*”.²⁸ Bueno es recordarlo en tiempos en que la Vida Religiosa no ostenta numerosos “éxitos históricos”. En todo caso, este presente ambiguo nos sigue invitando, una vez más, a la apuesta, porque yo creo, junto a tantas hermanas y hermanos, que

La utopía es posible
si optamos por la utopía,
venciendo el pasado esclavo
forjando el duro presente,
forzando el nuevo mañana.²⁹

²⁶ González Faus, *Fe en Dios...*, 173.

²⁷ Véase González Faus, “*Este es el hombre*”: estudios sobre identidad cristiana y realización humana, 223.

²⁸ González Faus, *Fe en Dios...*, 177.

²⁹ Casaldáliga, “La utopía es posible”, en: *Antología...*, 355.

Bibliografía

Aquino Junior, Francisco, "El reinado de Dios como asunto de la teología cristiana". *Revista latinoamericana de teología* 96 (2015): 287-306.

Casaldáliga, Pedro. *Antología poética*. Burgos: Grupo editorial fonte, 2023.

_____, Pedro y José María Vigil. *Espiritualidad de la liberación*. Buenos Aires: Centro Nueva tierra, 1993.

Cullmann, Oscar. *Cristo y el tiempo*. Barcelona: Estela, 196-8.

González Faus, José Ignacio. *Clamor del Reino. Estudio sobre los milagros de Jesús*. Salamanca: Sígueme, 1982.

_____. "Este es el hombre": estudios sobre identidad cristiana y realización humana. Madrid: Cristiandad, 1986.

_____. *Fe en Dios y construcción de la historia*. Madrid: Trotta, 1998.

_____. *La humanidad nueva: ensayo de Cristología*. Santander: Sal Terrae, 1984.

_____. *Memoria subversiva, memoria subyugante. Presentación de Jesús de Nazaret*. Barcelona: Cristianismo y justicia, 2001.

Kehl, Medard. *Escatología*. Salamanca: Sígueme, 1992.

_____. *Y después del fin ¿qué?*, Bilbao: Desclée de Brower, 2003.

Moore, Michael. *Creer en Jesucristo. Una propuesta en diálogo con O. González de Cardedal y J.I. González Faus*. Salamanca: Secretariado Trinitario, 2011.

Nocke, Franz Josef. *Escatología*. Barcelona: Herder, 1984.

Ruiz de la Peña, Juan Luis. *La pascua de la creación. Escatología*. Madrid: BAC, 1996.

Sobrino, Jon. *Jesucristo liberador. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret*. Madrid: Trotta, 1993.

Torres Queiruga, Andrés. *Repensar la revelación. La revelación divina en la realización humana*. Madrid: Trotta, 2008.

_____. *La teología después del Vaticano II. Diagnóstico y propuestas*. Barcelona: Herder, 2013.